

A mi General

Parte de Novedades

POR LORENZO MEYER

HOY es, por definición, el día en que se le deben rendir cuentas a usted mi general, darle el parte de novedades sobre lo que se ha hecho y no se ha hecho con su legado, que es la última gran utopía que hemos tenido los mexicanos como nación. Es lamentable, mi general, pero después de usted nuestra política no ha conocido lo que es la grandeza, la generosidad y la gran visión.

Como usted pudo darse cuenta, la clase política del país se reúne puntualmente cada 18 de marzo para una autocelebración. Hoy tampoco faltarán a la cita. Seguramente se dirán entre ellos, y a aquellos que aún quieren escucharlos, que a casi medio siglo de la expropiación y nacionalización del petróleo —momento cumbre de su gran proyecto, mi general— los gobernantes mexicanos siguen siendo fieles a la herencia cardenista. Tal afirmación es falsa, mi general, y usted mismo lo sabía cuando nos dejó, allá por 1970. Desde entonces, mi general, las cosas no han mejorado, al contrario. ❊

★

EL parte de novedades que le podemos rendir a usted los que estamos fuera de los corredores del poder, es largo, tan largo como desalentador. El problema central reside en que las fallas del proyecto de usted —pues hubo fallas, mi general, ya que toda utopía al enfrentarse con la realidad sale perdiendo— han sido cultivadas con gran esmero por quienes le sucedieron en el poder, hasta convertirlas en lo más perdurable de su herencia. En cambio, mi general, han sido olvidados los grandes aciertos

que usted tuvo, y que fueron producto de su integridad como gobernante, de su enorme generosidad como ser humano y de su ansia como mexicano por hacer justicia a aquellos conciudadanos castigados, sin motivo, por los siglos de nuestra historia.

Mi general, el tiempo que usted tuvo para hacer

realidad su visión sobre lo que debería ser México —una sociedad justa donde la industria sirviera al campo y no al contrario, donde la propiedad privada, estatal o comunal, sirviera a la sociedad y no al contrario, donde el gobierno y su burocracia estuvieran al servicio de las mayorías y no al contrario, donde la relación con el capital externo sirviera al proyecto nacional y no al contrario, donde el liderazgo de la organización ejidal y sindical sirviera al trabajador y no al contrario—, ese tiempo, repito, resultó ser muy corto y sus enemigos muy fuertes. Esa fue la tragedia suya y la de todos nosotros.

Fue quizá por considerar que era indispensable ganar tiempo para permitir la consolidación del gran proyecto, que usted, mi general, se propuso que aquel líder que en 1940 encarnaba las fuerzas opuestas a la justicia y a la equidad, el general Juan Andrew Almazán, no llegara a la presidencia, costara lo que costara. Supongo que usted se dio cuenta de que la obra emprendida aún necesitaba echar raíces, y fue por ello que usted decidió que Almazán —que lo mismo había sido maderista que zapatista, huertista que obregonista, militar que gran empresario—, no podía tener un triunfo electoral basado en el profundo conservadurismo de la sociedad mexicana y en su gran desconfianza frente a un gobierno que proponía cambios de fondo, de mucho fondo. Fue un error, mi general, comprensible, pero error al fin y al cabo.

★

EL fraude político —del cual el electoral es parte— sigue practicándose entre nosotros, aunque los motivos ya no sean el alejar a la reacción del poder, pues hace mucho que la reacción se instaló en Palacio. Usted construyó la presidencia más fuerte que México había conocido hasta entonces, y con esa presidencia quiso mover al país hacia un estado superior; fue un intento magnífico pero no cuajó. Hoy el Poder Ejecutivo es el centro de una enorme burocracia, sumamente conservadora, bastante corrupta y que todo

A mi General

Sigue de la página siete

lo subordina en función de una meta: su propia preservación. Frente a esa presidencia no hay poder local que valga; el Congreso y el Poder Judicial son formas vacías de contenido, y quienes controlan a esas magníficas organizaciones de masas que usted auspició siguen siendo, en primer lugar y antes que otra cosa, los fieles servidores de una presidencia que cuenta con recursos materiales como usted nunca los soñó, pero que carece de la fibra moral que usted tuvo y de su compromiso con México. Así pues, mi general, hoy la presidencia es parte del problema, no de la solución.

Si bien el lado autoritario de su herencia ha florecido como planta en invernadero, aquel impulso que movió todo su proyecto político: el nacionalismo y la justicia social, ha muerto o casi. El petróleo, esa gran riqueza no renovable que usted, al igual que Carranza, insistió en que debería dedicarse básicamente al consumo interno, hoy se exporta a todo el mundo por cientos de miles de barriles diarios, ¿y para qué?: simplemente para obtener unas divisas que nunca habrán de llegar al país, pues están de antemano marcadas para ser depositadas en las cuentas de nuestros poderosos acreedores externos: los banqueros estadounidenses, europeos o japoneses. La independencia de México, ésa por la que usted luchó desde el principio hasta el final, hoy se encuentra en entredicho por una deuda externa colosal —más de cien mil millones de dólares— que pesa como una gran hipoteca sobre nuestros hombros, los de nuestros hijos y quizá más allá. Estamos perdiendo la independencia, mi general.

Los sindicatos que usted apoyó, mi general, se han convertido en fuertes estructuras gremiales pero de las que están ausentes una enorme masa de los mexicanos trabajadores: los marginados. La burocracia que hoy los controla demanda privilegios y, con monótona frecuencia, encubre ineficiencias y una corrupción que la baña de arriba abajo. Esos sindicatos son, como usted lo quiso, la base del sistema de poder, pero han empleado ese poder para consolidar la injusticia, no para combatirla.

El campo, mi general, ese campo que usted deseó que fuera no sólo una de las grandes fuentes de los bienes de este mundo, sino también la cuna y sostén de un México donde imperara un espíritu de comunidad, cooperación y nacionalismo, hoy se encuentra en crisis. El campo mexicano vive expulsando sistemáticamente a una parte considerable de sus hijos a ciudades superpobladas, donde el espíritu se achica, o al exterior, a donde tienen que ir de manera ilegal, como criminales, para buscar una subsistencia que México no les permite. El ejido, mi general, no es ya, ni remotamente, esa roca en la que habría de edificarse el México nuevo. Nunca se le dio la posibilidad de serlo. El indigenismo se volvió retórica, y los indios que quedan están tan mal como usted los

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

A mi General.- Parte de Novedades

Sigue de la página ocho

dejó, aunque con menos esperanzas.

Los pequeños desamparados a los que usted quiso darles una oportunidad, han quedado olvidados. Acabo de visitar uno de los internados que usted puso en marcha en la ciudad de México. Es verdad que ahí sigue el espíritu con el que se creó, vive en los maestros, pero el edificio está dilapidado, hace muchos, muchos años, que recibió su última mano de pintura, la piscina ya no

sirve y está llena de agua sucia, el frontón es un depósito de escombros, algunas aulas están cerradas, les falta equipo. Ese internado, mi general, bien puede servir como símbolo de lo que se ha hecho con la parte generosa de su herencia: se le ha olvidado y vive a contrapelo de las fuerzas que dominan.

Mi general, se ha perdido mucho pero no todo. Los mexicanos de hoy recordamos con respeto su memoria y estamos conscientes que debe volver a

correr por estas tierras el espíritu que animó su obra y su proyecto. Con la perspectiva que da el tiempo, vemos que la tarea de hoy es combatir al autoritarismo que se incubó bajo el manto de la Revolución y

en nombre de la justicia social, y, a la vez, dar nuevamente vida a la esencia del cardenismo: hacer de México un país justo, democrático, libre y lleno de confianza en sí mismo, tal y como usted quiso que fuera, mi general.